

Salvador Rueda Smithers

Salvador Bernabeu (coord.)
*Historia, grafía e imágenes de
Tierra Adentro. Nueve ensayos
sobre el norte colonial*

México, Archivo Municipal de Saltillo,
Doctorado en Historia Conacyt/INAH/
Gobierno de Zacatecas, Consejo Superior
de Investigaciones Científicas de España,
Instituto de México en España, 1999, 324 pp.

En una de sus seis propuestas para el próximo milenio, el escritor Ítalo Calvino explicaría que dentro del aparente desorden universal hay una zona luminosa que permite conciliar la conciencia humana con el misterio tremendo del existir. La nota de Calvino puede fácilmente ser aplicada a la función de la historiografía:

El universo [...] se precipita irremediabilmente en un torbellino de entropía, pero en el interior de este proceso irreversible pueden darse zonas de orden, porciones de lo existente que tienden hacia una forma, puntos privilegiados desde los cuales parece percibirse un plan, una perspectiva. La obra literaria es una de esas mínimas porciones en las cuales lo existente cristaliza en una forma, adquiere un sentido, no fijo, no definido, no endurecido en una inmovilidad mineral, sino viviente como un organismo.

En esta parcialidad ordenada, lo que queda fuera es el azar. Nada, ningún sitio en donde ha habido intervención del hombre, es dejado al devenir sin más. Es la incuria, el olvido, lo que crea las zonas de oscuridad. Y una de las labores del historiador es su anulación. Textos como los que ahora se presentan perfilan las zonas de orden.

Es éste un amplio trabajo colectivo nacido de los afanes académicos de los

doctorantes en historia de Zacatecas. Se trata de un intenso ejercicio historiográfico, que fortalece a los posgraduados en las ortodoxias de la heurística y hermenéutica, dos ramas básicas en la verdadera formación profesional. En este sentido, en una sobria edición que esconde bastantes sorpresas buenas, el libro referente a historia, grafía e imágenes del norte colonial cubre ambos aspectos de manera clara y, vale decirlo, con la puntualidad propia de la disciplina y la severidad en las aulas. Y no se trata, hay que decirlo, de cierta gimnasia intelectual de principiantes imbuidos aún en los ambientes escolares. Por el contrario, los ensayos que ahora se ofrecen dan cuenta de largas horas de trabajo en bibliotecas y archivos, y de una madurez fuera de duda.

Dirigidos por Salvador Bernabeu, historiador especializado en el pasado de lo que fueran los confines septentrionales del imperio, nueve estudiosos de la historia de esa amplísima región en el periodo virreinal abordan con seriedad distintos ámbitos de la realidad a partir de dos temáticas fácilmente identificables: la de la reconstrucción histórica propiamente dicha y la de la lectura de papeles, folletos y libros que memoraban la realidad vivida y hacían de ella un edificio habitable. Es, pues, por una parte, un volumen que reúne los puntos de vista actuales sobre otros libros de historia, sobre trabajos cuya influencia intelectual perfiló las opiniones y aun creó estereotipos de lo que fueron las conductas de los primeros pobladores novohispanos en lo que ahora es la fron-

tera norte mexicana. Es la propuesta de nueve historiadores curiosos de su genealogía intelectual así como de la historia del septentrión. Por qué y cómo sabemos lo que hoy sabemos de la historia colonial nortea, es el objetivo principal de esta reunión de textos; qué nuevos rostros se delinean luego de explorar archivos hasta hace poco vírgenes, complementa su sentido.

Bernabeu advierte en la introducción que la tarea de historiar al norte de México tiene una dificultad especial, tan ardua como su propia geografía. "Los espacios a analizar son inmensos; los tiempos, muy largos". Y lo es menos por el difícil acceso a las fuentes —que lo ha sido por años, dificultad hoy mitigada por el trabajo intenso y sin flojedades de quienes han dedicado sus horas a la organización y divulgación de los acervos documentales, como el Municipal de Saltillo, que ofrece ya una veintena de títulos e instrumentos de consulta, o los realizados en Zacatecas, Chihuahua y Durango por los respectivos centros del INAH. Bernabeu escribió que las tareas de los doctorantes se dirigen a:

repensar la historia de las regiones del Septentrión Novohispano a partir de un conocimiento profundo de sus características geográficas, de los problemas surgidos después de una exhaustiva búsqueda en sus archivos locales que nos ofrecen un universo más cercano a las necesidades y preocupaciones de las sociedades coloniales, de un conocimiento suficiente de la historia de la historiografía del Norte y la apuesta por una sensibilidad histórica que supere los límites estatales y las

NOTAS

referencias nacionales en beneficio de marcos regionales y trans-estatales más apropiados para la elaboración de los estudios.

El libro, asimismo, es oportunidad de fatigar nuevos caminos. El paisaje propiamente historiográfico norteño adolecía de los mismos defectos de la historia broncínea escrita en el resto del país, sumada a los estereotipos contruidos con paciencia y dedicación por corrientes norteamericanas que pretendían entender y valorar el pasado de los actuales estados del suroeste norteamericano y anteriormente orillas novohispanas y mexicanas. El asunto no debe parecer bizarro: el pasado de esa región resultaba extraño al evolucionismo cultural anglosajón dominante en el universo académico estadounidense; urgió a calificar y revestir de ropajes románticos aquella historia; fue una forma de legitimar maneras de ser que existían tan sólo en la imaginación. Bernabeu ejemplifica con el contraste:

una historia de las fundaciones hispanas en el Septentrión, con aires marciales y triunfalistas, viene siendo más que complementada con aquellos núcleos arrasados o fracasados; un mapa misionero de las mismas áreas oculta a menudo multitud de cambios ocasionados por la mala elección de los lugares, los cambios ecológicos o la presión de indios y élites. Además, las fronteras entre civilización y barbarie se han vuelto más cristalinas para vislumbrar indios "salvajes" más occidentalizados de lo que se pensaba y súbditos del rey cuyas formas de vida eran parecidas a las de los pueblos indios que los rodeaban.

Ciertamente, aun sin proponerlo, este conjunto de ensayos desmitifica a historias e historiadores por un doble camino: el de las lecturas analíticas de

los escritos y escritores que se han ocupado del norte de la Nueva España, y el de la reconstrucción histórica de una región que sumó bonanzas avaras con dureza cotidiana, de una historia que no estuvo exenta de violencia y de oportunismo político. En amplio desfile, libros concerniente a aristócratas, más supuestos que reales, que convenientemente descansaban en la raíz de árboles genealógicos distinguidos, o de héroes que tras la escritura de su historia adquirirían una estatura que escondía sus proporciones humanas, llenaron bibliotecas enteras en desmedro del conocimiento de una realidad azarosa y, por qué no decirlo, en muchas ocasiones atroz, realidad de hombres y mujeres tenaces pero humildes que buscaban sobrevivir a las hostilidades naturales y sociales y no imaginaban ninguna trascendencia gloriosa. En ese catálogo de autores hoy puestos en el banquillo, pocos escaparon a la tentación de exaltar el pasado y de inventar hechos notables; esos pocos, ahora, son aceptados como clásicos de la historiografía norteña.

No fue una labor banal la que se emprendió: desenmascarar falsedades o inexactitudes interesadas es tarea sencilla. No lo es tratar de entenderlas. En este caso, los viejos historiadores norteños no quisieron engañar, tan sólo vieron el pasado de modos que hoy nos parecen poco convenientes, limitados o inverosímiles. Aquella era verdad aceptada; hoy, su duda permite reconstruir el pasado sin el peso muerto de antiguos vicios. Este libro es, en fin, muestra de la desprejuiciada actitud frente al pasado propio, desprejuiciada y sin más temores que la mala aplicación en los métodos de investigación.

Así pues, los historiadores modernos del septentrión novohispano enfrentan un horizonte todavía poco explorado.

Y, al juzgar por los nueve trabajos que ahora se presentan, no lo hacen con el descuido de los revisionistas y repetidores, ni quebrantan las reglas del método tras una pluma extremosa y abusiva. Por el contrario, con un bien ordenado bagaje teórico metodológico, con prudencia y sensatez, abordan el problema desde su principio: comienzan por hacer un repaso crítico de los libros existentes, por identificar corrientes de opinión, apuntando hacia sus coyunturas y rescatando sus virtudes. La meta es abrirse hacia una concepción histórica que explique y no que juzgue. "La historia no es para regañar a los muertos", dijo alguna vez Edmundo O'Gorman.

De entrada, los títulos de los nueve ensayos advierten el quebranto de los preconceptos y sus secuencias inútiles para la explicación de la historia norteña. Por un lado, seis de los ensayos proponen el análisis heurístico que está detrás del conocimiento histórico regional: un catálogo trisecular de autores es revisado minuciosamente para descubrir circunstancias y motivos que traslucen subjetividades inconfesadas de sus autores. Por el otro, tres espléndidos ensayos ejercen la reconstrucción histórica apoyándose en perspectivas acordes a las necesidades de comprensión actuales. En estos tres trabajos se revelan ritmos de vida, jornadas laborales marcadas por climas extremosos, problemas políticos, devociones que dan nomenclaturas al calendario y lógicas a los espacios cotidianos, problemas políticos centrados en pocos apellidos y una imprecisa geografía y, finalmente, el perfil de un desigual imaginario novohispano, cargado tanto de supersticiones religiosas como de fervores y desmesuras barrocas, hasta ahora ya olvidadas.

Juan José Rodríguez estudia al indio creado por dos mentalidades con-

NOTAS

temporáneas, pero no vecinas, en su ensayo “La imagen del indio en las crónicas del noroeste novohispano”: una, dibujada por la imaginación caballeresca de Baltasar de Obregón, y otra por la visión casi moderna y sosegada de Antonio Ruiz, ambos cronistas del siglo de la Conquista. Se trata de las historias que descubren intereses creados por una ruda situación política, vivida por la primera generación de criollos; pero sus diferencias hacen sospechar a Rodríguez no tan sólo dos concepciones del mundo bien distintas, sino la lectura de fuentes a la mano en una Nueva España al tanto de las publicaciones europeas. El indio se devela como ente muy alejado de las costumbres “civilizadas” del cristianismo del siglo XVI, pero su perfil particular depara una sorpresa para el lector. No es la menor aquella que valora la conducta cortés de tintas medievales y su parentesco formal con el moralismo liberal del siglo XIX, que reviste a la austeridad de humildad cristiana.

Fernando Gracia García ensaya una comparación útil para comprender el edificio mental que sustentaba el saberse norteño. Dos obras, separadas por cerca de un siglo y medio; dos autores en los que media una verdadera revolución intelectual: la *Crónica de Propaganda Fide de la Nueva España*, publicada en 1746, del fraile Isidro Félix de Espinosa, y *Apuntes para la Historia Antigua de Coahuila y Texas*, del jalisciense Esteban L. Portillo, impresa en 1886. Además del análisis de contenido propiamente histórico de ambas obras —ahora insuficiente aunque valioso—, detrás del texto de Gracia García es posible identificar a los lectores de los siglos XVIII y XIX. Pero sobre todo se descubre a un lector ideal, inimaginable al momento en el que las obras fueron facturadas: ese lector es el historiador moderno, el mismo Gracia

García, quien demora sus explicaciones en el recuento de las circunstancias que dieron sentido a aquellas crónicas en el siglo y medio de las misiones, o las totalizadoras del nacionalismo optimista del positivismo decimonónico.

El tercer ensayo corrió a cargo del mismo Salvador Bernabeu. Pulcro análisis heurístico de la influyente obra boltoniana a través del recientemente traducido estudio de Albert Niesser, acerca de las misiones dominicas en Baja California durante el último tramo colonial. La intención de Bernabeu es revelar los mecanismos de explicación histórica. Mostrar “la relación entre los acontecimientos escogidos por el autor y las herramientas que permiten hacerlo inteligible”. Nada de árido tiene este ensayo, a pesar de que ciertos propósitos pudieran orillar al recuento de una vasta nómina de autores norteamericanos que inventaran, hace ya media centuria, una California bucólica. Por el contrario, es un texto útil tanto para los curiosos del californiano como para aquellos que quieran ejercitarse en el difícil arte de la heurística.

“Las misiones del Río Grande del norte: espacio y forma”, de Víctor Raúl Ruiz García da cuenta de las parciales, pero importantes huellas de Bolton y de sus muchas veces extremosos seguidores en la idea de la frontera de la Nueva España. Mediante la consulta de fuentes de primera mano, Ruiz amuebla un mundo que aparecía casi vacío de sucesos y testimonios documentales. Por su parte, Edgar Hurtado, en su “Aproximación al estudio de las sociedades rancheras” coloca en la balanza las definiciones y los lugares comunes utilizados para delinear a la población norteña. Hurtado propone que la relación entre realidad histórica y conceptualización historiográfica deberá ser discutida a la luz de las investi-

gaciones nuevas, que detallen las particularidades del hombre del campo y de sus unidades de producción en el contexto social específico del norte.

Mariana Terán Fuentes ofrece un texto poco convencional que revela realidades hoy anuladas por el olvido. Se trata de la complicada relación entre la música y sus mensajes junto al ejercicio de una lectura distinta que apela a metodologías de la semiótica y la lingüística. El resultado, lo notará el lector, es el dibujo de una mentalidad propicia a las lecturas alegóricas de la emblemática, pero más cercana a nosotros de lo que en principio aceptaríamos.

Laura Gemma Flores —en el ensayo más extenso—, Jesús Eduardo Cardoso y Antonio Irigoyen, sin eludir el análisis heurístico que caracteriza este libro, recrean parte de la realidad zacatecana durante el periodo barroco. Son relatos, en realidad deliciosos, acerca de los efectos de los fervores religiosos como práctica social altamente protocolarizada. Más de una felicidad depara al lector la narración de las jerarquías de los santos en los muchos altares del mineral, sus devociones estamentales, las simpatías y rechazos casi volitivos de acuerdo a los hombres en el poder o las azarasas circunstancias de una naturaleza hostil, o el entramado de sobreentendidos que generó el incendio de la imagen del Cristo crucificado en la cuarta década del siglo XVIII.

Sin duda, mucho gana el Doctorado de Zacatecas con este libro, y con la atenta edición de Carlos Valdés y sus cofrades de Saltillo. No me resta más que señalar que la publicación *Historia, grafía e imágenes de Tierra Adentro* deberá leerse con la mente abierta, ejemplo del diseño bien preparado de una zona de luminosidad más sospechado que conocido.